

El triste caso de Pedro Peñán.

Llegó a nuestra escuela un día de Marzo, como lo hace la mayoría de los niños y niñas del mundo que habitan el hemisferio sur.

Y como muchos de ellos tratando de evitar separarse de quien le iba a dejar, casi llorando, cabeza abajo, tembloroso. Tenía seis años. Lo acompañaba su abuela.

Pedrito se quedó muy a pesar de él.

Durante ese primer día siguió todas las instrucciones que le dieron sin musitar palabra, excepto cuando le solicitaron decir su nombre y susurrando dijo: Pedro Peñán.

Pedro Peñán tiene sus ancestros en Nueva Imperial, territorio del pueblo mapuche, originario del sur de Chile. Añora aquella tierra donde verano tras verano lo pasa junto a sus parientes realizando labores propias de esa cultura lo cual le hace muy feliz.

En la escuela Pedro Peñán sobrevive. Sigue instrucciones. Ubicado al final de la sala, por su porte superior a los niños de su edad, hace lo posible por realizar las tareas asignadas y lo imposible por divertirse algo atado a esas circunstancias.

Poco memoriza Pedro Peñán. Mucho observa.

Evaluación tras evaluación reprueba. Clase tras clase va sacando la palabra, para indagar, conocer, protestar. Todo relacionado con su proceso de socialización. Nada relacionado con los “aprendizajes esperados” por la “Unidad Educativa”.

El multiverso es sabio y a falta de adaptación al sistema escolar le entrega a Pedro Peñán un profesor que empatiza con él. Lo escucha, le adecúa los “objetivos de aprendizaje”, lo contiene en sus momentos de crisis, lo alienta a seguir adelante, lo va a buscar a su casa cuando falta a clases, lo apoya con materiales, lo refuerza, lo acompaña durante toda su etapa básica defendiendo cada fin de año su “promoción” delante del obtuso y rígido “Consejo de Profesores”.

Pedro Peñán es promovido al Primer Año de Enseñanza Media.

La “Jefa de UTP” cita a su abuela. La Señora María, analfabeta, escucha y entiende menos que Pedro Peñán. Pone su huella digital en un documento. La señora María no sabe que aceptó llevarse a su nieto del ahora “Colegio” a otra institución educativa porque “Pedrito no será capaz de superar las exigencias del nuevo ciclo y debe buscar otro lugar adecuado para él”

Pedro Peñán pasa dos años en los estrechos pasajes de la población observando (su principal característica), evitando las “malas juntas”, buscando sin éxito las “buenas juntas” y siguiendo órdenes y consejos de su abuela.

Pedro Peñán asiste a la jornada vespertina para hacer el “dos por uno” y durante el día trabaja en la construcción. A sus diecisiete años sigue observando y tratando de comprender el funcionamiento del mundo que le rodea.

Un mal día sale de madrugada rumbo a su trabajo. Justo en la puerta de su casa aparece un “angustiado” y le pide plata, alza la voz y le increpa al recibir la negativa. A los ruidos sale la Señora María y recibe del aparecido igual solicitud. Ni para pan tengo responde. Una andanada de insultos vomita el solicitante. Pedro Peñán no puede permitir tanto insulto hacia el único ser que le comprende, le acompaña y sostiene su existencia.

Pedro Peñán toma del brazo al ofensor y lo empuja hacia el pasaje.

El ofensor mete la mano a su bolsillo y percute el gatillo de un arma hechiza que porta.

La mano de Pedro se posa sobre su bajo vientre y siente un líquido tibio que fluye.

No hay dolor, solo el asombro de ver sangre brotando de su cuerpo y escuchar la carrera del agresor y los gritos de su abuela.

Pedro Peñán ya no percibe nada más. No volverá a percibir nada más, nunca más.

Pedro Peñán ha muerto.